

LA PENÍNSULA IBÉRICA: ARQUEOLOGÍA E IMAGEN MÍTICA

POR

D. PLÁCIDO

Universidad Complutense. Madrid

«What's is your first memory?» someone would ask.
And she would reply, «I don't remember».

JULIAN BARNES, *England, England*, 1998

PALABRAS CLAVE: Hispania, griegos, fenicios, colonización, mitos.

KEY WORDS: Hispania, Greeks, Phoenicians, Colonization, myths.

RESUMEN

El conocimiento de los primeros viajes de griegos y fenicios a la Península Ibérica requiere una nueva lectura de las fuentes que permita adaptar la realidad arqueológica. Si los restos arqueológicos griegos son escasos y las referencias literarias abundantes, cabe plantearse la hipótesis de que los conocimientos griegos reflejados en los textos procedan de los contactos mediterráneos con los fenicios, suficientemente documentados en varios ámbitos de la investigación.

SUMMARY

The knowledge of the first Greek and Phoenician travels to the Iberian Peninsula requires a new reading of literary sources in order to understand the archaeological evidence. If Greek archaeological remains are scarce and, on the other hand, literary references are abundant, it is necessary to establish, as a hypothesis, that the greek knowledge mirrored in the texts, derives from real mediterranean contacts with phoenicians, a fact that is very well documented in different modern research.

Los conocimientos derivados de las primeras formas de percepción de la realidad constituyen, sin duda, de acuerdo con la expresión reproducida en esta cita, un problema epistemológico, individual y colectivo. Si es difícil «recordar el primer recuerdo» para una persona, el problema se multiplica cuando se trata de conocer el primer recuerdo de la memoria colectiva. Desde una perspectiva positivista todavía vigente, es frecuente defender que determinada realidad histórica sólo existe cuando se refleja en las fuentes. Resulta efectivamente muy socorrido el uso del *argumentum ex silentio* siempre que se trata de negar cualquier posibilidad de conocimiento en tales

circunstancias, cuando se ha olvidado el primer recuerdo. Hace ya muchos años que A. J. Graham (1958) negaba la validez de tales argumentos cuando eran utilizados para rechazar la presencia griega en el Mar Negro atestiguada en las narraciones literarias antes de que los datos arqueológicos la ratificaran. En relación con los colonos orientales en la Península Ibérica, cada vez es más evidente que el sistemático rebajamiento de las fechas con dichos argumentos se revela como profundamente improductivo.

Sin embargo, no se trata sólo de que el sistema positivista se rectifique a sí mismo, sino también de leer las fuentes a partir de presupuestos diferentes. Las posibilidades de cooperación entre los estudios de Historia Antigua basados principalmente en la Arqueología y en las fuentes escritas pasan por adoptar una actitud distinta ante éstas y prescindir de la pretensión de que se muestren como un archivo de acontecimientos que encuentran su ratificación en los restos materiales, o viceversa, de buscar en ellas el dato que justifique la existencia de determinados hallazgos materiales. Cada vez se hace más evidente que las literaturas antiguas nunca pretenden transmitir una relación de los hechos «tal como sucedieron», sino que buscan expresar la impresión que la realidad haya podido dejar en los autores. Las fuentes literarias, por ello, han de ser analizadas en sus propias condiciones de producción, no en las condiciones ideales que vendrían bien al investigador actual para conocer lo que a éste le interesa. Exponen lo que a sus creadores les interesa, en sus propias condiciones históricas. Ello es así, efectivamente, tanto cuando se exponen dichas impresiones en un género literario de los tradicionalmente considerados realistas, como en los que están más bien calificados como imaginativos, pues la configuración de imágenes afecta tanto al poeta Virgilio cuando pretende difundir las impresiones que en la Roma de Augusto importan para la creación de un pasado

capaz de consolidar sus proyectos actuales, como al historiador Polibio, que quiere mostrar la historia de Roma como la alternativa válida para los pueblos helenísticos sumidos en los sistemas despóticos representados por los reyes herederos de Alejandro. Las fuentes antiguas se acuerdan de aquello que están en condiciones de recordar y del modo en que están en condiciones de recordarlo.

Por ello, en primer lugar, es fundamental partir del hecho de que las primeras literaturas clásicas son fundamentalmente míticas y legendarias, pero lo son, no como pura creación individual estética, sino porque así lo imponen las condiciones generales del conocimiento de la época. Sólo con estos presupuestos es posible hacer converger en la búsqueda de la realidad histórica los restos materiales y los textos, como portadores éstos de un mundo imaginario que se crea en un determinado momento histórico. Por ello, no se trata de reducir toda la creación historiográfica a los límites de una pura creación literaria, como hace para el siglo XIX Haydn White (1973). Se trata, por el contrario, de hacer posible una utilización histórica más profunda, en el sentido de llegar a la realidad a través de unos procesos mentales que se manifiestan por medio de los mecanismos propios de la producción literaria antigua.

En segundo lugar, es preciso tener presente que el centro del mundo al que atienden los autores antiguos se halla, primero, en el mitad oriental del Mediterráneo y, más tarde, en el centro, en la Península Itálica. Cuando se forma la imagen de la ecúmene, el mundo mediterráneo se aparece como un espacio comparable al de la *chóra*, con su centro y sus espacios limítrofes y marginales, y se proyectan hacia la ecúmene los conceptos que caracterizan la tierra (Plácido, 1997). Para Ovidio, en la época de la proyección imperialista romana, en los *Fastos*, II 639-684, cuando se refiere a las Terminalias, *Terminus* se convierte, de señal de la protección de los campos para evitar el conflicto entre ciudadanos, en el símbolo del dominio del mundo por los romanos: *Romanae spatium est urbis et orbis idem*.

La realidad es que la Península Ibérica se encontró siempre, desde el punto de vista de las literaturas griega y latina, en los márgenes del mundo conocido. La formación de esta imagen dentro del mito será por ello constante y reflejará una realidad influyente en el momento de relacionarla con la que puede conocerse a través de los restos de la cultura material. Por otra parte, las imágenes se configuran desde los tiempos más remotos y van transmitiéndose y adaptándose a lo largo de las transformaciones históricas, lo que puede permitir observar hasta qué

punto van alterándose los modos de percepción, entre el remoto mundo legendario, creador a pesar de todo de determinadas formaciones imaginarias, hasta el intelectualizado mundo helenístico y el predominante imperialismo romano.

La cuestión se ha planteado para las posibles referencias a la época heroica. Sin duda, la percepción del espacio en este género de literatura ha de considerarse dentro de unos parámetros mentales muy específicos, dado que, en general, no sólo para el extremo occidente, las referencias son siempre ambiguas y responden a intereses no propiamente geográficos ni históricos, sino a las pretensiones de conformar un espacio imaginario en que poder integrar sus concepciones del mundo. La cuestión estriba en averiguar si la conformación de ese mundo se apoya en alguna percepción que pueda considerarse real. Hasta hace poco los arqueólogos se mostraban más bien escépticos cuando se trataba de justificar las referencias griegas al occidente. Ello ha favorecido el desarrollo de concepciones extremadamente pesimistas en torno a las posibilidades de un conocimiento geográfico antiguo, que llegan a sobrevalorar la capacidad imaginativa de los escritores clásicos (Jacob, 1991; Gómez Espelosín, 2000), sobre una base que considera la crítica de las fuentes como un método de hallar procedimientos literarios que justifiquen todas las informaciones, muy por encima de la posible percepción real sometida a diferentes sistemas de elaboración estilística o textual. Entre la aceptación ingenua y la descalificación caben, sin embargo, actitudes críticas que procuren aglutinar los diferentes procedimientos epistemológicos.

Por ello es tan importante la consideración de los hallazgos referentes a la época micénica dentro de la Península Ibérica, simplemente porque abre una puerta para la comprensión de los textos griegos más antiguos. Así, es digna de tenerse en cuenta la presencia de cerámica micénica en el yacimiento de Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba), en ambiente arqueológico del siglo XIII, del mismo modo que los hallazgos de La Cuesta del Negro (Purullena, Granada), de Gatas (Almería), de Coria del Río y de Carmona, sobre todo porque estos últimos indicarían que los contactos alcanzaron más allá de las columnas de Hércules (López Pardo, 2000, 13), es decir, al espacio que para los griegos se identificó con el Océano, como corriente que rodeaba la ecúmene. Todos estos objetos parecen proceder de algún lugar de la Argólida. Para algunos (Mederos, 1997), tales restos han de encuadrarse en el ambiente de los contactos entre los extremos del Mediterráneo durante el Bronce Final a través de las islas de

Cerdeña y Sicilia. Para otros, corresponderían a la época de mayor expansión de la civilización micénica (Martín de la Cruz, 1994, 112). Martín de la Cruz (1994, 119) interpreta ahora muchos hallazgos anteriores, correspondientes a las provincias de Granada o Málaga, como el resultado de contactos que se remontan a épocas previas a la colonización fenicia, algunos de ellos de la península de Anatolia, fechados hacia el siglo xiv. Por muy sometida a debate que la cuestión esté, de momento permite observar con otros ojos las posibilidades de interpretar las hipotéticas referencias textuales al extremo occidental y al Océano.

De todos modos, al margen de las controversias que rodean las referencias arqueológicas al mundo micénico, aparecen ahora más sólidas las alusiones a los períodos anteriores a la colonización propiamente dicha, período conocido a través del tan debatido concepto de precolonización. En el inicio de la época oscura de la historia griega, existen posibles contactos con el Mediterráneo oriental desde el siglo xii si se admite el origen del tesoro de Villena propuesto por Ruiz-Gálvez (1998, 277), con contenidos micénicos, con nuevas referencias a intermediarios del centro del Mediterráneo.

La expansión micénica hacia el Mediterráneo central y occidental contaría con la presencia chipriota (Ruiz-Gálvez, 1998, 316), en coincidencia con los momentos en que se produce también la helenización de la isla, relacionada con la difusión del dialecto conocido como arcadochipriota (Baurain, 1989; 1994). Pero la actividad de los chipriotas se prolongaría hacia la época de crisis del mundo micénico hasta situarse en el momento de la transición hacia los momentos de predominio de las actividades protagonizadas por los fenicios en el primer milenio, en una isla entonces caracterizada por su inclinación orientalizante (Cook, 1988). En esos tránsitos, además, Chipre sirve de eje para el inicio de la recuperación del mundo griego y para el renacimiento correspondiente (Coldstream, 1989).

En el Bronce Final, efectivamente, entre 1150 y 950, los restos arqueológicos señalan con claridad la existencia de contactos entre la Península Ibérica y la isla de Chipre (Mederos, 1996). Los contactos chipriotas serían especialmente visibles en Peña Negra, como eje entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, entre el mundo peninsular y el oriental (Ruiz-Gálvez, 1998, 255). Tal actividad, capaz de vincular entre sí los extremos del Mediterráneo, se fundamenta en los antecedentes que se remontan al segundo milenio, de que se harían eco los poemas homéricos y otras narraciones míticas, como la de Cadmo o el rapto de Europa. Éstas encuentran su

respaldo arqueológico en los yacimientos de Al Mina y Tell Soukas, signos de la intensificación de las relaciones de Grecia con el Levante mediterráneo, junto con chipriotas y fenicios (Murray, 1980, 72-73). También aquí el papel de Chipre como vehículo de las transiciones resulta muy ilustrativo. Son los escenarios de las relaciones de colaboración o rivalidad que permiten definir una *koiné* cultural por la que se transmiten imágenes que afectan a los pueblos conocidos por los fenicios en la época de la precolonización (Baurain, 1997, 248-269). En ese ambiente, con Chipre como lugar de encuentro privilegiado, es donde ha tenido lugar la colaboración entre fenicios y micénicos (Bondi, 1988, 246). Sin embargo, la configuración del imaginario, por más que pueda contar con unos remotos contactos que permiten idealizar los lugares lejanos donde se pone el sol y provocan referencias al ocaso y la muerte, sólo cobran forma palpable a partir del momento en que se materializan en la escritura. Al producirse este hecho, la actualización resulta tan deformada como lo son los palacios micénicos vistos por los poetas épicos, en parte tan lejanos como para referirse a los hombres de otra época en términos de alteridad, en parte asimilables a las estructuras de la aristocracia de los inicios del arcaísmo.

El mundo tartésico se define claramente desde el siglo x, a partir, primero, de los contactos del suroeste peninsular con el Atlántico y, luego, con el Mediterráneo central (Plácido, 1994, 33, ss.). Los análisis arqueológicos revelan la existencia de coincidencias entre el final del Bronce y el inicio de la presencia de colonias fenicias (Ruiz-Gálvez, 1998, 290-291), de lo que se deduce que no se ha producido un corte, sino más bien una cierta continuidad que permite las referencias a las épocas anteriores, a pesar de la crisis del Mediterráneo oriental. Tras el final de la Edad del Bronce continúan los contactos entre el este, el Egeo y el oeste, antes de la llegada de los fenicios del siglo ix, al tiempo que los egéos entran en contacto con las costas de Levante (Crielard, 1995, 224-5). Éste sería el ambiente que permite la formación de un escenario occidental para el mundo imaginario griego.

La colonización fenicia se encuentra documentada con certeza en el sur al menos desde el s. viii (Almagro-Gorbea, 1989, 278), pero es posible encontrar huellas de contactos anteriores al menos desde finales del segundo milenio (Antonelli, 1997, 18). Ruiz-Gálvez se remonta hasta el s. ix para el yacimiento colonial de Morro de Mezquitilla (1998, 291), y Mederos (1997a, 78) concreta entre los años 897 y 870, pero existen objetos de procedencia oriental desde el s. xi, en lo que se ha llamado pe-

riodo protoorientalizante (Almagro-Gorbea, 1989, 280). Las importaciones fenicias se encuentran en contextos indígenas del Bronce Final (Ruiz-Gálvez, 1998, 292). En algunos sitios, como la ría de Huelva o el Convento de las Franciscanas de Cádiz, es posible remontarse con seguridad al s. x (Ruiz-Gálvez, 1998, 288). En general se trata de objetos de prestigio (Almagro-Gorbea, 1989, 282), lo que caracterizaría el tipo de intercambio de que se trata. Desde el último cuarto del II milenio, tal vez en relación con los movimientos de los Pueblos del Mar (Almagro-Gorbea, 1989, 283), se perciben movimientos egeos y levantinos, en relación con Chipre, que, a partir de los contactos micénicos mencionados, enlazan con el desarrollo de la *koiné* colonial fenicia. Por ello, cabe pensar en la existencia de rutas de intercambio previas que sirven de base para los viajes fenicios (Ruiz-Gálvez, 2000, 11-12). Sobre la base del sistema de pesas y sus similitudes a lo largo del Mediterráneo, Ruiz-Gálvez cree que podría plantearse la hipótesis de una red de intercambio que comprendiera desde Chipre y Asia Menor, a través de las islas, Rodas, Cerdeña, Sicilia, hasta la Península Ibérica. La nueva forma se beneficia de la caída del sistema palacial y sus posibles imposiciones monopolísticas. Es el momento de la gran difusión ganadera que tendría igualmente su versión en los sitios del sur peninsular. El momento precolonial puede, por otra parte, haber sido tan largo como para enlazar de manera dinámica con la época en que se detectan las cerámicas micénicas (Alvar, 2000, 33). También es posible documentar los viajes atlánticos por las costas portuguesas, seguramente desde fines del s. x (Ruiz-Gálvez, 1998, 294). Igualmente están presentes allí los metales, el ganado y la sal (Ruiz-Gálvez, 1998, 296).

Por otro lado, aparecen costosos vasos griegos desde la primera mitad del siglo VIII (Almagro-Gorbea, 1989, 284). El santuario de Melkart puede ser anterior a la fundación de Gades, definido como lugar franco en el mundo de los intercambios en el período de la transición. La presencia real de santuarios dedicados a divinidades encargadas de garantizar la civilización (Moreno, 2001) favorece el desarrollo de los viajes imaginarios protagonizados por Heracles.

Las estelas decoradas del suroeste están configuradas de acuerdo con los elementos culturales vinculados al Mediterráneo oriental, hacia el siglo VIII, con lenguaje formal del Geométrico griego. Las tumbas de Huelva aparecen relacionadas con el estilo de las chipriotas de Salamina (Bendala, 1977). Corresponden a la fecha de transición desde los contactos atlánticos a los mediterráneos, donde los chi-

priotas sirven de guía para el conocimiento de occidente por parte de los griegos. Podría haber huellas de los contactos precoloniales incluso en algunos asentamientos de la Meseta, como El Berrueco de Salamanca o Soto (Ruiz-Gálvez, 1998, 302-3), tal vez del siglo x, a través de la Vía de la Plata. En cualquier caso, el fenómeno de las estelas decoradas del suroeste hay que relacionarlo, aunque no se puedan establecer procesos mecánicos de difusión, con los momentos finales de la Edad del Bronce en que se intensifican los intercambios entre el Mediterráneo y el Atlántico, aquéllos que han dejado sus huellas precoces, como los fragmentos micénicos antes mencionados (Galán, 1993, 65). Sus características favorecen una interpretación que las sitúe justamente en el largo período de transición entre el Bronce Final y el Orientalizante (Celestino, 2001, 261-2), período en que se configura además la mentalidad en la que interviene Occidente y la Península Ibérica para la creación de una imagen mítica dentro del imaginario global griego. La posición de ésta en los márgenes del mundo mediterráneo occidental favorece el desarrollo de su papel como escenario del mundo mítico. El contacto fue posiblemente más importante desde el punto de vista de la formación del imaginario griego que desde el de la aculturación de los pueblos peninsulares (Celestino, 2001, 291).

La percepción del Océano se realizaría entonces en un largo proceso cuya consolidación tiene lugar a través de los viajes fenicios. Así se explica el impacto del conocimiento del Océano, como unificador del mundo conocido. Todavía Heródoto (IV 8, 2) recuerda la concepción de los griegos del Ponto según la cual el Océano rodeaba toda la tierra. Se trataba de un mundo indiferenciado, producto de experiencias comunes de griegos y fenicios, donde aún no se han organizado las diferencias radicales entre griegos y bárbaros (Hall, 1989). Los contactos y la colaboración entre griegos y fenicios son patentes en las referencias arcaicas (Plácido, 2000, 268) a pesar de que Heródoto pretenda marcar una diferencia clara entre los griegos, unidos como pueblo en un bloque compacto, y los bárbaros (Fabre, 1981, 22), cuando se propone la narración de las Guerras Médicas como resultado del enfrentamiento eterno entre oriente y occidente, que remontaría sus orígenes al rapto de Europa por Zeus. El conocimiento fenicio del mundo occidental está así en condiciones de hacerse accesible para los griegos. Heródoto, sin embargo, desde la perspectiva de las Guerras Médicas, pretende rechazar las noticias sobre occidente, que relaciona con los bárbaros en III 115 (THAIIA37b) y con el comercio del ámbar; también

duda del viaje de Heracles desde occidente en IV 8 (THAIIA37a), leyenda que seguramente se relaciona con la comunidad de culto grecofenicia en relación con dicho héroe. Varios son los testimonios arqueológicos que revelan desde el siglo IX una fuerte presencia de elementos fenicios en la cultura material griega, que alcanzan su máxima expresión cultural en el conocimiento del alfabeto (Coldstream, 1982, 268-271). Así pues, la tendencia al exclusivismo se conforma sobre todo desde las Guerras Médicas.

A pesar de ello, el mismo Heródoto (V 58) se hace eco de tradiciones que revelan la existencia de relaciones pacíficas y de colaboración, como la que destaca la presencia del alfabeto fenicio entre los griegos. También la tradición homérica permite observar la colaboración en los mares y la utilización de transportes fenicios por los héroes griegos (Plácido, 2001). Por otra parte, las primeras prácticas comerciales griegas se insertan en los mecanismos que ya eran tradicionales en oriente (Domínguez, 2000, 245). La colaboración entre griegos y fenicios se hace especialmente evidente en el asentamiento de Pitecusas, que puede incluso interpretarse como colonia grecofenicia (Domínguez, 2000, 247). También resulta significativa la presencia púnica en los puertos griegos de Sicilia.

Da la impresión, pues, de que las primeras relaciones conocidas entre griegos y fenicios no se muestran a la imaginación legendaria como excluyentes. Incluso existen tradiciones, referidas a los períodos míticos más remotos, que hablan de colaboración. Diodoro, en V, 58, 1-3, recoge las que se refieren a Dánao en Egipto y a Agenor en Rodas y Yálisos, donde los define como *sympóliteuómenoí*, compartiendo el templo de Atenea en Lindos a modo de centro de integración. Los contactos iniciales pudieron ser de todo tipo, de colaboración, como en Pitecusas, o de enfrentamiento, circunstancia que puede definirse como la de los paralelos enfrentamientos entre ciudades griegas. Ésas serían igualmente las relaciones que explican la versión pacifista de Heródoto, V 58, cuando se refiere a los que llegaron con Cadmo e introdujeron en Grecia el alfabeto.

En los primeros textos del renacimiento griego se deja ver en efecto cómo existe una tradición referente a los viajes precoloniales, donde los griegos aparecen integrados con los fenicios. En los poemas homéricos, el mundo aristocrático griego se mueve dentro de unas coordenadas en que la producción artesanal y la red de los intercambios está controlada por los fenicios. Así, en los juegos celebrados a propósito de los funerales de Patroclo, Aquiles ofrece entre los premios una cratera labrada por expertos artífices sidonios y transportada por mar por va-

rones fenicios (*Iliada*, XXIII, 740-749). También Menelao posee una hermosa cratera que le ha dado el rey de los sidonios (*Odisea*, IV, 611-619). Ahora bien, en los mismos poemas, los propios griegos se integran en tales viajes, como Telémaco, que hace su recorrido en calidad de *émporos* en *Odisea*, II, 319, o el falso personaje representado por Odiseo en *Odisea*, XIX, 172-179, viajando por el Mediterráneo para amasar riquezas. También en XIV 288-9, el personaje ficticio de Odiseo cuenta cómo se embarcó en una nave fenicia y estuvo a punto de ser convertido en esclavo. Sobre esta base, Fear (1992, 21-23) relaciona ciertos fragmentos de la *Odisea* con el conocimiento del extremo occidente por los griegos de la época de la redacción del poema, siempre en la idea de que tales conocimientos fueron posibles gracias a sus contactos con los fenicios. Pero los viajes míticos griegos se fundan en experiencias reales conocidas por ellos, aunque fueran protagonizadas por los fenicios. En los fragmentos citados (X 504-514; XI 13-22) se hace referencia a los extremos y al mundo de ultratumba y se cita a Perséfone como divinidad subterránea. Así se favoreció la configuración del mundo del extremo occidente y concretamente de la Península Ibérica como lugar de encuentro con el mundo subterráneo. Ello coincidiría con la referencia a la *Infernae deae* de la *Ora maritima* de Avieno (241-7), situada en el extremo suroccidental de la península.

La tradición de los héroes homéricos se proyecta a lo largo de la época helenística y romana, de manera particular en Estrabón, preocupado por la historicidad geográfica del «poeta». Sin embargo, también hasta él llegan las tradiciones sobre las relaciones con el mundo fenicio. De este modo, en III 4, 3, se refiere a Abdera como fundación fenicia y así parecen confirmarlo los datos que va revelando la investigación arqueológica (López Castro, 1995, 33). Sin embargo, el mismo Estrabón relata que, en las montañas próximas, se encontraría un lugar llamado Odisea, donde estaban depositadas las armas de Odiseo dedicadas a Atenea. Atenea es, en el relato épico, una divinidad que aparece como protectora de Odiseo en tanto que navegante por todo el Mediterráneo. Estrabón se apoya en Posidonio, Artemidoro y Asclepiades de Mirlea. En estos autores se encontrarían referencias generales a los *nóstoi* y concretamente a Teucro y sus viajes a Galecia. También es Artemidoro el autor citado por Esteban de Bizancio a propósito de la Abdera de Iberia. La tradición se remonta por tanto al mundo de los *nóstoi*, entendido como punto de referencia para la identificación étnica de las poblaciones periféricas desde el arcaísmo hasta el helenismo (Malkin, 1998). Odiseo y Menesteo aparecen situa-

dos, respectivamente, en las regiones mineras del interior y en el puerto, como reflejo de los intereses coloniales que pueden remontarse a los fenicios, lo mismo que la fundación de Olisipo en las rutas del estaño (Fabre, 1981, 166). Tanto la historia de Odiseo como las de Heracles y los Argonautas en su recorrido por occidente (Plácido, 1996) se desarrollan en terrenos que ya habían sido pisados por los fenicios (Fabre, 1981, 333).

La noticia de Estrabón se mezcla con otras tomadas también de Artemidoro, cuyos orígenes se atribuyen a mercaderes de Gadir y que se refieren a los lotófagos, situados junto a los etíopes occidentales. Los lotófagos, comedores de loto, son los protagonistas de un famoso episodio de la *Odisea* IX 82-104: los que llegan a la tierra de los lotófagos y prueban la planta no quieren volver a casa. Se vincula la historia con los viajes realizados por la costa de África. Al mismo tiempo se revela en él la preocupación que entonces estaba difundida entre los viajeros por los límites a los que podía llegar el mundo colonial. Heródoto (II 92) relaciona la planta del loto con Egipto, concretamente con los egipcios del Delta. Allí se situaba, según el mismo Heródoto (II 113-115), un templo de Heracles. Según Mela (III 46), *Tyrii constituere*, es decir, se trataba de un santuario de origen tirio. Las referencias parecen por tanto de raigambre fenicia. Al inicio de la *Odisea*, I 22-26, el dios Posidón busca a Odiseo por tierras de los etíopes orientales y occidentales, por los extremos del mundo. Algunas tradiciones de la *Odisea* parecen, pues, vinculadas a los santuarios fenicios dedicados a Heracles, como el de Egipto, según se revelaría en el viaje del héroe hijo de Alcmena por el norte de África. Por eso Artemidoro atribuye a los comerciantes gadiritas la referencia a los etíopes. Gades es efectivamente la sede del templo de Heracles más famoso de occidente.

En relación con las experiencias que podrían remontarse a los micénicos y se renuevan con los viajes fenicios, resultan especialmente significativos de la aparición de un imaginario espacial los textos épicos referentes al Océano. En *Ilíada*, XIV 200-201 (THAIIA2b), el poeta sitúa a Crono, derrotado por Zeus, en los confines de la tierra rica en pastos, referencia a los ganados, tan presentes en los mitos relativos a la región como en las investigaciones arqueológicas. El Océano se define como *génesis* de los dioses (habla Hera): «Voy a visitar los confines de la tierra rica en pastos, el Océano generación de dioses y la madre Tetis»¹. Metales y ganados se si-

túan en los límites de un mundo que se configura espacialmente.

En VIII 477-481, se destaca la lejanía, los *peírata gaíes*, los extremos de la tierra, donde se sitúa a Crono, como divinidad que en su derrota queda marginada, como Tártaro. Antes también se han enviado a los extremos los derrotados por Crono y Rea en *Argonáuticas*, I 496-511. Se sitúan allí los lugares de la exclusión, los que pertenecen al pasado y los que se definen entre las divinidades ctónicas. Es el resultado del triunfo de los olímpicos (THAIIA2a): (habla Zeus) «Yo de ti no me preocupo porque estés enojada, ni aunque vayas a los remotos confines de la tierra, donde Japeto y Crono aposentados no gozan del brillo del Sol hijo de Hiperión, ni de los vientos: en torno está el profundo Tártaro». Se trata de un mundo remoto, a donde van los excluidos.

También en la *Odisea* el Océano se presenta como extremo del mundo, como modo de definir los confines de la tierra, los *peírata gaíes* (IV 563-9), pero igualmente como lugar del Elisio (THAIIA7): (habla Proteo) «Pero a ti (Menelao) los inmortales te enviarán al campo Elisio y a los confines de la tierra, donde el rubio Radamante. Allí, en verdad, facilísima es la vida para los hombres. No hay nieve ni largo invierno, ni nunca lluvia sino que siempre el Océano envía el aura del Céforo soplando suavemente para refrescar a los hombres».

En la Isla de Ogigia (VII 244-255), Calipso, hija de Atlante, se muestra temible. Los seres femeninos aparecen peligrosos y atractivos, en relación con las realidades representadas por los viajes coloniales, promesa de fortuna y riesgo de muerte. (THAIIA9b): «Ogigia es cierta isla que está en el mar; allí la hija de Atlante, la zalamera Calipso vive, de hermosas trenzas, temible diosa». En lo femenino se concentran las contradicciones entre la necesidad y los peligros de los viajes (Plácido, 1991). Las excavaciones de las necrópolis coloniales muestran hasta qué punto eran determinantes las relaciones con las mujeres indígenas en la formación de las colonias, lo que tuvo que causar un impacto en la formación del imaginario griego a ese propósito. Las figuras de las ninfas, por otra parte, reúnen en sí los deseos y los temores, las fantasías masculinas con los castigos y los peligros, pues con frecuencia las vírgenes aparecen como seres salvajes en el mundo de los silenos (Larsen, 2001). La preocupación por lo femenino refleja el problema de la reproducción en el mundo de los viajeros. Los seres femeninos cobran un protagonismo especial, no sólo por la ninfa Calipso, sino también por las diosas Juno, Afrodita, Astarté, que se revela en la frecuente presencia de imágenes (Blázquez, 1992, 192). Como lugares extremos, es-

¹ Las traducciones citadas mediante la referencia THAIIA son siempre de Elvira Gangutia.

chatíai, se define también el sitio donde viven los feacios, que ofrecen su *philía*, su hospitalidad. Así se definen las dos caras de los extremos, que, desde el punto de vista de los varones protagonistas de los viajes, tienen en las mujeres su expresión más definida.

En los extremos están también Atlas y las Hespérides, según Hesíodo, *Teogonía*, 215-216, más allá del Océano (*THAIIA11b*)... «para quienes al otro lado del renombrado Océano bellas pomas de oro y los árboles que producen el fruto son objeto de cuidado». En los versos 517-519, (*THAIIA11a*) «Atlante sujeta el ancho cielo sometido a fuerte obligación en los confines de la tierra con la cabeza e incansables brazos erguido enfrente de las Hespérides de aguda voz». En la genealogía de Ponto (233-336) se encuentran otros seres femeninos, como Gorgonas y Hespérides. La Gorgona Medusa fue muerta por Perseo. Hesíodo, *Teogonía*, 280, ss., se refiere a este episodio: (*THAIIA11b*) «De ella cuando Perseo la cabeza cortó, saltó Crisaor el magno y el caballo Pegaso. Éste adquirió su nombre porque nació junto a las fuentes del Océano; el otro, por sujetar con las manos una espada de oro [...] Por su parte, Crisaor engendró a Gerioneo tricéfalo de su trato con la hija del renombrado Océano, Calírroe. A aquél (Gerioneo) mató la fuerza Heráclea junto a los toros de curvo tranco de Eritea la rodeada de corrientes el día que arreó las reses de ancha testuz hasta la sagrada Tirinto, tras haber atravesado el paso del Océano y matado a Orto y al boyero Euritión en el nebuloso establo al otro lado del Océano». De este modo se vinculan los mitos del Océano con las frecuentes referencias a Heracles, tema especialmente relacionado con el mundo fenicio.

Heracles, en efecto, como figura mítica representativa del momento precolonial, incorpora algunas de las preocupaciones que se relacionaban con tales viajes. Por supuesto, está presente la lejanía, pero también la caza, importante referencia que marcaba para los griegos el origen de la memoria, donde, según una interpretación, de algún modo nacían las prácticas rituales y las tradiciones míticas (Burkert, 1979), y la muerte, en sus referencias metafóricas al ocaso (Jourdain-Annequin, 1989). Las referencias a Heracles en los mitos viajeros incluyen el sol, la muerte, el final del mundo y el ocaso. Gerión es en Eritía pastor de bueyes, interpretado como pastor de los muertos, de modo no excluyente, sino inclusivo, porque la lejanía se presta a la búsqueda de rebaños ideales y permite encontrar allí los símbolos del final definitivo. Según la *Titanomaquia*, 3 (*THAIIA10b*), «Las columnas de Hércules también se llaman de Briareo y columnas de Egeón gigante

guardián del mar». Del mismo modo está presente Briareo ya en Hesíodo, *Teogonía*, 622. En ello se muestran las vinculaciones de la leyenda a la época que en la cronología mítica se define como preolímpica, anterior al mundo de los héroes que se relaciona con Heracles y con los fenicios. En otra versión procedente de Rodas, transmitida por Pisandro en el siglo VI, frg. 5, Heracles viene en la Copa del Sol: (*THAIIA14c*) «Pisandro en el segundo libro de la *Heraclea* dice que la copa en la que cruzó Heracles el Océano era del Sol y que la recibió Heracles de Océano». El Océano se integra como fuente de los mecanismos viajeros, pero Heracles, además, se relaciona directamente con Melkart y los fenicios, a través de la presencia de éstos en la isla, sobre todo en el asentamiento de Yálisho, lugar clave de las relaciones entre griegos y fenicios en los momentos precoloniales (Coldstream, 1969).

En diversos lugares del Mediterráneo existen cultos compartidos entre griegos y fenicios. Heródoto (II 44-45) cree que los fenicios fundaron el culto de Heracles en la isla de Tasos, en un santuario donde los griegos de la colonización rendirían culto al héroe del mismo nombre, según Pausanias, V 25, 12. Ésta es una de las circunstancias que llevan al historiador de Halicarnaso a creer en la existencia de dos personajes del mismo nombre, el egipcio, como dios, equivalente al Heracles tirio, y el griego, mucho más reciente. Las nuevas circunstancias del mundo de la colonización y, sobre todo, de las Guerras Médicas, llevaron a establecer distinciones claras, que impidieran confusiones ya no deseadas en el nuevo ambiente donde se van definiendo las entidades étnicas.

De este modo, el conocimiento directo o indirecto de occidente permite la creación de un mundo delimitado de gran proyección, el ambiente general para la configuración del espacio épico, donde se incluyen las referencias a los viajes de tipo odiseico, capaces de proporcionar la justificación ideológica de la colonización (Malkin, 1998), y la formación de la imagen homérica del mundo (Ballabriga, 1998), entre la memoria remota de los tiempos heroicos y la consolidación de los conocimientos propios de los viajes fundacionales.

En ello se sustentan las imágenes históricamente menos justificadas, al menos en apariencia, como la narración de la fundación de Sagunto, con la presencia de una imagen de Diana llevada desde Zacinto por los fundadores doscientos años antes de la caída de Troya, según Boco (Plinio, XVI 216). Las relaciones de Zacinto con el mundo occidental, sin embargo, se han vinculado también con los viajes de Odiseo en el momento del exilio, cuando recorre

igualmente las costas de Tesprocia, acontecimiento que se vincula del mismo modo con su presentación ante Eumeo después del viaje ficticio en barcos fenicios (Malkin, 1998, 128-9). Las posibles bases de la tradición han de buscarse una vez más en los contactos entre griegos y fenicios tan frecuentes en la *Odisea*, sobre las que se proyectan las aventuras occidentales.

La complejidad aumenta en los yacimientos de la Península desde el siglo IX y se producen cambios en las relaciones exteriores desde el siglo VIII, vinculados sin duda a la colonización estable por parte de los fenicios. Entonces tiene lugar la ocupación de los Cabezos de Huelva, aunque no parece existir un centro político propiamente dicho. Como referencia antigua puede tratarse en general de la Ría de Huelva. Los Cabezos están relacionados con la explotación de las minas. Por este motivo se consideran justificadas las crecientes referencias a los metales en las narraciones míticas, desde las alusiones a lugares de la plata en Homero (*THA* IIA1ab²), que han hecho pensar en paralelos arcaicos entre los lugares de oriente y occidente que revestían caracteres similares, sobre la base de que la explotación de las minas unificaba su percepción en el imaginario. Los metales se encuentran, pues, entre los factores que favorecen el establecimiento de los contactos arcaicos (Camassa, 1984). Más concreta es la mención de la plata por parte de Estesícoro. El poeta, en Estrabón, III 2, 11, habla del río Tarteso, que relaciona con las raíces de la plata. Allí confluyen tradiciones sobre el ganado y sobre los minerales: (*THA* IIIA16c) «No muy lejos de Castalón está la montaña de la que dicen fluye el Betis y que llaman Argiereo por las minas de plata que hay en ella». Parece que los antiguos llamaban al Betis Tarteso y a Cádiz y a islas próximas Eritea por ello entienden que en ese sentido hablaba Estesícoro del vaquero Gerión, porque habría sido parido «casi enfrente de la famosa Eritea*** junto a las innúmeras fuentes del río Tarteso en la caverna de una peña enraizada en la plata». Los metales están presentes como la base de la gran expansión colonial, en Diodoro, V 35, 5, pero son el motivo central tanto de Diodoro como de Apiano y Avieno. Diodoro concreta que la explotación republicana de los metales se llevaba a cabo por medio de esclavos.

En principio, los yacimientos se homogeneizan con la presencia fenicia, seguramente a partir de la influencia ejercida por la fundación de Gades. Por ello las tradiciones sobre la fundación de Gades desempeñan un papel central en la creación del imagi-

nario grecolatino (Almagro-Gorbea, 1989, 278). Veleyo Patérculo, I 2, 3, la sitúa *ea tempestate...*, con referencia a Codro y Medonte, a la fundación de Mégara (2, 2) y, luego, a la expulsión de los hijos de Orestes por los Heraclidas, es decir, a las transformaciones que en territorio heleno se relacionan con la crisis mediterránea vinculada a la tradición de los Pueblos del Mar, pero *...in extremo orbis nostri termino...*, como un instrumento de la configuración espacial de la ecúmene, con límites determinados, *termino*; por su parte, Mela III 46, se refiere a ese propósito al templo de Heracles egipcio, donde están sus huesos... *ab Ilica tempestate...*, para colocar así la época de la Guerra de Troya como hito de la formación del mundo que espacialmente ha definido el héroe; Estrabón I 3, 2, sitúa la expedición fundacional entre los viajes de Dioniso, Heracles, Jasón, Odiseo, Menelao, Teseo y Piritoo, los Dioscuros, la talasocracia de Minos y la *nautilía* de los fenicios, que exploraron más allá de las columnas de Heracles y fundaron ciudades allí y en el norte de África poco después de la Guerra de Troya. En III 5, 5, narra que Gades fue fundada entre los asentamientos mediterráneos tipo Sexi y el mundo de la ría de Huelva. Está aquí presente la interpretación de las columnas como marca de la ecúmene, en el templo de Gades: la tradición estaría relacionada con la fundación misma de Gades, de donde no pasaron, a pesar del conocimiento de la ría de Huelva. Es la interpretación de los iberos y los libios, que señalan las columnas de bronce con inscripción, a donde llegan los viajeros. Posidonio está de acuerdo. Correspondería a la costumbre antigua de fijar marcas (*hórous*).

Se señala con ello la importancia de la colonización fenicia desde el punto de vista de la configuración del imaginario procedente de la Grecia arcaica. Diodoro, V 20, 1-2, dice que los fenicios fundaron colonias por el norte de África y en Europa en occidente, salieron fuera de las columnas al que llaman Océano y en el estrecho *katà tàs stélas* fundaron Gadir, donde construyeron un templo de Heracles, en que sacrifican según las costumbres fenicias, pero también sacrifican los romanos.

De este cruce de impresiones nace la importancia de Gades en la configuración del imaginario y las descripciones relacionadas con las vacas, el agua, la sal y Heracles. Desempeñan en ello un importante papel las vías de la transhumancia (Plácido, 1994, 40). Está bastante claro que existen contactos de los griegos con las ciudades fenicias desde por lo menos el siglo VIII (Domínguez, 2001, 231). De ahí se forman las posibilidades de transmisión de conocimientos sobre occidente a través de los contactos.

² Con los comentarios de Elvira Gangutia *ad loc.*

Allí los griegos adoptarían comportamientos que les facilitan la asimilación de tradiciones y conocimientos de origen fenicio. El asentamiento de Pitecusas sería una prueba de las acciones comunes que permitirán la creación de un imaginario griego sobre experiencias fenicias. Sobre todo los lugares de culto se revelan como fuente de contactos y de transparencia en cuanto a la comunicación de ideas relacionadas con la religión y por tanto como fuente de un imaginario integrador.

El mundo tartésico experimenta un proceso de desarrollo hasta el siglo VI con presencia fenicia. La documentación arqueológica es desde luego predominantemente fenicia, pero ello no impide que las tradiciones griegas tengan una base real, aunque estén elaboradas sobre la base de conocimientos más recientes transmitidos a partir de las experiencias fenicias o sobre infraestructuras fenicias. En ese mundo se desarrollan también ciertas estructuras de poder que se aprovechan de las relaciones externas. Tales estructuras se materializan en la aparición de varios centros de control de las minas y en el impulso de varias localidades relacionadas con la metalurgia. Así se caracterizan los centros tartésicos de la Baja Andalucía, desarrollados entre el 700 y mediados del siglo VI, donde se han creado relaciones complejas entre los asentamientos (Belén, Escacena, 1992).

Desde fines del siglo VI aparecen condiciones diferentes que muestran características nuevas, que han dado lugar al uso del término crisis. Ante ello, ofrecen mayor resistencia los asentamientos de orillas del Betis. Hacia el siglo IV, en el territorio de los turdetanos, la crisis desemboca en una distribución más equitativa del territorio. Hasta siglo VI, había una cierta comunidad cultural entre Baja Andalucía y la costa mediterránea (Belén, Pereira, 1985, 309-327). Desde ahora, se señala la riqueza de la Alta Andalucía y la penuria de la Baja (Pereira, 1989). Las vías de comunicación adoptan caminos independientes. En Cástulo se desarrollan determinadas formas de poder que se reflejan en Baños de la Muela (Blázquez, 1975, 125, ss.). Lo mismo ocurre en Estacar de Robarinas entre los siglos V y IV. Abundan los enterramientos con armas y con cerámica griega, que los pone en relación con las costas levantinas. Incluso aparecen escenas de banquete en Baza y ruedas de carro, así como imitaciones indígenas de formas griegas. Las relaciones sociales se muestran así mismo cada vez más complejas en Cástulo. Se produce el fenómeno de la reutilización como necrópolis de viviendas anteriores. Cástulo se define como centro privilegiado en las comunicaciones. Existen allí tramos de vía que luego perdieron su función (Plácido, 1994, 40).

La imagen mítica se relaciona con la explotación real de la plata, pero también con el mundo de la ganadería y señala igualmente las vías de penetración en que se van configurando los caminos de los intercambios. En efecto, se ha insistido recientemente en la especialización en ganado bovino de los yacimientos gaditanos, gracias a los humedales relacionados con el Guadalete, en lo que era el *Sinus Tartessus*, desde el s. X (Ruiz-Gálvez, 1998, 305). Los comerciantes fenicios siguen las rutas que de algún modo están establecidas de acuerdo con la demanda (Ruiz-Gálvez, 1998, 307).

Abdera, colonia fenicia, fue una de las etapas del viaje de regreso de Heracles con las vacas de Gerión. En este viaje, procedente de las costas atlánticas, se muestran las relaciones entre el Océano y la costa mediterránea que se materializan en el mito del viaje de Heracles y en la realidad de la vía Heraclea, que se presenta en el texto del Pseudo-Aristóteles como lugar protegido, donde pueden traficar griegos e indígenas. Se mitifica así la realidad del tráfico ganadero por Castellones de Ceal y Peal de Becerro, que sería la base de la importancia de Toya como centro de intercambios (Chapa, Fernández, Pereira, Ruiz, 1984; Chapa, Pereira, 1986). El ganado se revela en el mito formando parte de un mundo imaginario, pero tiene su base en la importancia real de los pastos y de la sal en los momentos iniciales de los contactos con los pueblos del Mediterráneo. También la presencia de las manzanas de oro en el occidente africano hace despertar la sospecha de Servio de que se trata de los rebaños, afirmación justificada por la identidad de los términos griegos *mêla* para la oveja y para el fruto. La función real y la función mítica se complementan en la imagen de la vía Heraclea.

Los caminos son paralelos con los lugares donde se encuentran las tumbas de cámara fenicias. Ello revela las relaciones de los fenicios con los pueblos interiores, sobre todo en un proceso nuevo desde el siglo VI con evolución de centros locales de influencia fenicia. Por otra parte, aparecerán las torres para controlar a las poblaciones desde el siglo IV (Plácido, 1994, 42). Son espacios donde se desarrollan gérmenes de realeza, sobre la existencia de sistemas clientelares complejos (Ruiz, Molinos, 1993, 180, ss.). Así se plantean las posibles dependencias de centros fenicios con respecto a centros indígenas (Plácido, 1994, 43).

De este modo se permite la potenciación de formas políticas fuertes (Plácido, 1994, 44), vinculadas a santuarios como instrumentos de control del imaginario. Son centros potentes, cabeza de dependencias colectivas, donde se destaca la importancia de

Obulco. En ellos se difunden los enterramientos con cerámica ática. El prestigio del jefe se vincula a las cerámicas griegas que también se encuentran en centros fenicios. Las reglas de comportamiento parecen marcadas por las prácticas fenicias en relación con la presencia de viajeros griegos, cuyas experiencias renuevan las tradiciones representadas en las obras Homero o Hesíodo. Un factor importante de la transmisión de imágenes fue sin duda la vinculación al culto de Heracles de los centros mixtos (Plácido, 1994, 45). La tradición literaria es anterior a la imposición del monopolio griego en el Mediterráneo como consecuencia de las victorias de Salamina e Hímera sobre los bárbaros de uno y otro lado del Mediterráneo. La Europa de estirpe oriental había sido raptada por Zeus. Es la hija de Fénix, el epónimo de los fenicios, en *Ilíada*, XIV 321. Por otro lado, la cerámica griega del siglo VIII aparece especialmente abundante en El Castillo de Doña Blanca (THAIIA11³), uno de los centros más importantes de la colonización fenicia y de sus contactos con las poblaciones locales (Ruiz Mata, 1985). En general, los primeros testimonios de cerámica griega aparecen en el mundo fenicio (Rouillard, 1991, 22). Existen pues fundamentos reales de una imagen mítica a través de centros fenicios y navegaciones fenicias, capaces de enlazar con los períodos de contactos más diversificados con el mundo mediterráneo.

Las formas narrativas griegas aparecen en un momento de creación literaria que puede situarse entre el mito y la historia. De este modo, en la misma Historia de Heródoto está presente la transición, materializada en el paso de los viajes de Heracles al de Coleo (Plácido, 1994, 46). Incluso los viajes griegos considerados más próximos a la realidad se realizan en itinerarios fenicios, por el norte de África, desde la ruta que se dirigía a Egipto. Por ello se justifica al mismo tiempo el fenómeno arqueológico de los objetos griegos hallados en asentamientos fenicios y el del imaginario griego que se aprovecha de las experiencias fenicias. En relación con los viajes a occidente, Heródoto (IV, 146-152) cuenta cómo el primer navegante, Coleo de Samos, se encontró entre las vicisitudes iniciales de su viaje con los descendientes de una colonia en Tera, donde los descendientes fenicios de Membliarao convivían con los lacedemonios: Heródoto, IV 151 (THAIIA40a). Tales lacedemonios eran los minias procedentes de Lemnos, relacionada por varios conceptos con Afrodita, la Citerea procedente de Pafos, en Chipre, donde se documenta la presencia fenicia desde época oscura. «Por su parte, (los samios) tras zarpar de la

isla (Platea, frente a Cirene), navegaron intentando llegar a Egipto, siendo desviados por un viento de Levante. Y no cedía el viento, hasta que atravesando las Columnas de Heracles, llegaron a Tarteso valiéndose de un impulso divino. Ese mercado estaba indemne en aquel tiempo, de modo que ellos a su vuelta, lograron de sus mercancías más provecho que todos los griegos de los que tenemos noticia segura...» Las navegaciones desde Egipto también están presentes en Heródoto IV 42 (THAIIA41a). Los tartesios ejercen la protección de los mercados, pues Heródoto cuenta que ofrecieron a Coleo un *empó- rion akératon*. A él había llegado por un «impulso divino», una *theía pompé*, una especie de ceremonia religiosa de ocupación del espacio que revela el carácter sacro de la configuración del mundo imaginario en que se integra la presencia de la Península Ibérica (Plácido, 1992).

No es seguramente casualidad que ya hubiera importantes relaciones entre fenicios y samios. Neantes (FGH84F29) cuenta que Mnesarco obtuvo la ciudadanía samia gracias a los aprovisionamientos conseguidos en sus relaciones con Tiro. Heródoto mismo (IV, 195-196) hace notar cómo son los cartagineses los que sirven de informadores a los griegos sobre la geografía del norte de África.

En relación con los foceos, en Heródoto, I 163, ya aparece el personaje de Argantonio, que les ofrece *chóra* y riquezas, además de *philía*. A partir de estos conocimientos, Argantonio se convertirá en un personaje mítico, de larga vida y capaz de ofrecer hospitalidad, como los feacios a Odiseo (THAIIA40b): «Éstos, los foceos, fueron los primeros de los griegos que se valieron de grandes navegaciones y fueron ellos los que dieron a conocer, no sólo la mar Adriática y Tirsenia sino Iberia y Tarteso. Hacían sus travesías no con barcos redondeados sino con los de cincuenta remos. Cuando llegaron a Tarteso trabaron gran amistad con el rey de los tartesios cuyo nombre era Argantonio y había mandado en Tarteso ochenta años y vivido en total ciento veinte. Así que tan amigos se hicieron los foceos de este hombre, que los animaba en un principio a que dejando ellos Jonia se establecieran en su país donde quisieran, y después, como no convenció a los foceos, habiéndose enterado por ellos cómo medraba el medo, les dio bienes para rodear la ciudad con una muralla».

En las excavaciones de Ampurias aparecen visibles restos de la relaciones de protección de los colonos por parte de las comunidades indígenas, lo que se une también al establecimiento de relaciones sexuales por medio de pactos (Fernández, 1997). El mismo tipo de pacto es el que puede justificar el

³ Con comentario *ad loc.*, de E. Gangutia, p. 72.

asentamiento de Gades por los fenicios (Tejera, 1996). El mito de los reyes protectores del espacio del asentamiento griego parece hallar su confirmación arqueológica, al menos como fuente de creación del mundo imaginario.

La presencia de los bienes de prestigio de origen griego hallan su expresión en la acentuación de las relaciones de *philia* y el emporio protegido. Al mismo tiempo, sin embargo, los contactos sirven para definir los límites del mundo, como es patente en Píndaro, *Nemea*, III 21-23, donde se refiere a las navegaciones extremas, *eschátas nauiliás* (THAIIA29c): «...de ninguna manera más allá es fácil cruzar un mar intransitable sobrepasados los Pilares de Hércules, que erigió el héroe-dios como gloriosos testimonios de extrema navegación». Por ello Gadir se define también como extremo en *Nemea*, IV,69 (THAIIA30a): «No se debe navegar a Poniente de Gadiros».

Gadir siguió manteniendo relaciones directas con los griegos por lo menos hasta el siglo VI, según se muestra tanto en las cerámicas portadoras de salazones encontradas en Grecia, como en las tradiciones que también ayudan a configurar la imagen de occidente entre los griegos (López Castro, 1997).

La aspiración a los límites del mundo como objetivo de los imperios aparece desde Isócrates, *Filipo*, V 112, que identifica los límites del mundo griego en las hazañas de Heracles y en los proyectos de Filipo de Macedonia como salvador de los griegos (THAIIA54a): «Tras estas hazañas, erigió las llamadas Columnas de Heracles como trofeo de los bárbaros y conmemoración de su propio valor y riesgos, así como lindes del territorio heleno». El Extremo se define también como aspiración del Imperio romano en Polibio, I 2, 27 (Plácido, 1995-96, 33). Durante el período de la expansión romana se define la tendencia a la identificación de Tarteso, con Cádiz o con Carteya, como diferentes símbolos del final del mundo (Plácido, 1995).

Finalmente, Dionisio de Halicarnaso, I 32, 4, traslada a la época de Augusto viajando desde Occidente las consideraciones míticas que se derivaban de la mitificación de los viajes en la figura de Heracles⁴: «Pocos años después de los arcadios, llegó a Italia otra expedición griega guiada por Hércules, que venía de conquistar Iberia y todas las regiones que hay hasta el Ocaso». Como hacía Augusto aproximadamente en la época del escritor.

Cuando Estrabón describe la heterogeneidad de la ecúmene que ahora ya constituye el inventario del

Imperio romano (Nicolet, 1988) sigue considerando el territorio peninsular como escenario de la riqueza y de la barbarie, pero también señala firmemente la diferencia entre el antes y el ahora, para poner de relieve los efectos de la acción benéfica de Augusto (Plácido, 1987-88). La imagen mítica se ha ido adaptando a las necesidades de la historia, al tiempo que la Arqueología muestra hasta qué punto los habitantes de la península forman parte de las estructuras difundidas por Roma como proceso de asimilación e integración.

La imagen mítica de la Península Ibérica en la antigüedad clásica no constituye sin duda un reflejo realista de las condiciones históricas en que este espacio se desarrolló, pero tampoco fue el resultado de una imaginación creativa nacida de la nada. La mente humana nunca calcó de modo especular el mundo exterior, pero tampoco se lo inventó, sino que estableció con él unas relaciones complejas, activas, marcadas por una trayectoria en que el acceso está señalado por los condicionantes derivados tanto de la naturaleza de la mente misma como de las condiciones históricas en que se encuentra inserta esta realidad. Éstos son en definitiva los elementos que importan históricamente al tratar de la imagen mítica, los modos en que la historia actúa como condicionante para marcar el procedimiento de la configuración de dicha imagen en sus relaciones con el mundo. Éstas cambian y producen sutiles mecanismos de cambio que justifican el proceso de elaboración del imaginario.

La realidad histórica de la Península Ibérica en la antigüedad, conocida de modo específico a través de la Arqueología, favorece la aparición de una imagen mítica que se forma y se desarrolla primeramente entre los griegos, para luego experimentar un giro específico en la época del Imperio romano. Ahora bien, los griegos conocen la península en unas condiciones determinadas, que se remontan a una época que en general en el imaginario griego del arcaísmo y del clasicismo se ha convertido en escenario del mundo heroico. Sin embargo, el arcaísmo griego se desenvuelve en un escenario mediterráneo donde desempeña un papel predominante la presencia fenicia. En esa época arcaica, en que el mito se consolida a través de la escritura, la imagen griega del mundo mediterráneo, sobre todo en el extremo occidental, aparece necesariamente mediada por los fenicios. Las condiciones en que se desarrolla, entre el arcaísmo y el clasicismo, época de formación de la conciencia griega como entidad étnica, hacen que la imagen procedente de los contactos y de los conocimientos derivados de las experiencias fenicias se monopolice por parte de los griegos y elaboren una

⁴ Traducción de E. Jiménez, E. Sánchez, Madrid, Gredos, 1984.

imagen de las relaciones con el extremo occidente que ofrece a primera vista la sensación de originarse sólo entre ellos, pero el análisis de las condiciones históricas en que el mito se forma permite ver que sólo el intermediario fenicio ha permitido la configuración de un imaginario griego creado a propósito del Mediterráneo occidental.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M., 1989: «Arqueología e Historia Antigua: el proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo», *Anejos de Gerión*, 2, 277-288.
- ALVAR, J., 2000: «Comercio e intercambio en el comercio precolonial», P. Fernández Uriel, C. González Wagner, F. López Pardo, *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I coloquio del CEFYP (Madrid, 9-12 de noviembre, 1998)*, Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, 27-34.
- ANTONELLI, L., 1997: *I Greci oltre Gibilterra*, Roma, L'Erma di Brestschneider.
- BALLABRIGA, A., 1998: *Les fictions d'Homère. L'invention mythologique et cosmographique dans l'Odyssée*, París, P.U.F.
- BAURAIN, C., 1989: «Passé légendaire, archéologie et réalité historique: l'hellénisation de Chypre», *AnnalesESC*, 44, 463-477.
- BAURAIN, C., 1994: «Chypre et l'Égée à l'âge du Bornze. Trafoc de biens et d'idées, migrations», *Cahiers de Clio*, 120, 17-52.
- BAURAIN, C., 1997: *Les Grecs et la Méditerranée orientale. Des siècles obscures à la fin de l'époque archaïque*, París, P.U.F.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J. L., 1992: «Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental», M. Almagro-Gorbea, G. Ruiz Zapatero, eds., *Peleoetnología de la Península Ibñerica, Complutum*, 2-3, 65-87.
- BELÉN, M.; PEREIRA, J., 1985: «Cerámica a torno con decoración pintada en Andalucía», *Huelva Arqueológica*, 7, 307-360.
- BENDALA, M., 1977: «Notas sobre las estelas decoradas del suroeste y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8, 177-205.
- BLÁZQUEZ, J. M.^a, 1975: *Cástulo I (Acta Arqueológica Hispánica, 8)*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- BLÁZQUEZ, J. M.^a, 1992, *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid, Cátedra.
- BONDÌ, S. F., 1988: «Problemi della precolonizzazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentale», en *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico*, Roma, CNR, 243-255.
- BURKERT, W., 1979: *Structure and History in Greek Mythology and Ritual*, Kerkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press.
- CAMASSA, G., 1984: «Dov'è la fonte dell'argneto. Strabone, Alybe e i Chalybes», F. Prontera, ed., *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, Perusa, Università degli Studi, 155-186.
- CELESTINO, S., 2001: *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona, Bellaterra.
- CHAPA, T.; FERNÁNDEZ, M.; PEREIRA, J.; RUIZ, A., 1984: «Análisis económico y territorial de los Castellones de Ceal (Jaén)», *Arqueología Espacial*, 4, 223-235.
- CHAPA, T.; PEREIRA, J., 1986: «La organización de una tumba ibérica: un ejemplo de la necrópolis de Castellones de Ceal (Jaén)», *Arqueología Espacial*, 9, 369-376.
- COLDSTREAM, J. N., 1969: «The Phoenician of Ialysos», *BICS*, 16, 1-8.
- COLDSTREAM, J. N., 1982: «Greeks and Phoenicians in the Aegean», en H. G. Niemeyer, *Phönizer im Westen*, Mainz, Zabern, 261-275.
- COLDSTREAM, J. N., 1989: «Early Greek Visitors to Cyprus and the Eastern Mediterranean», V. Tatton-Brown, ed., *Cyprus and the East Mediterranean in the Iron Age*, Londres, British Museum, 90-96.
- COOK, V., 1988: «Cyprus and the Outside World during the Transition from the Bronze Age to the Iron Age», *OpAth*, 17, 13-32.
- CRIELARD, J. P., 1995: «Homer, History and Aecheology: Some Remarks on the Date of Homeric World», en J. P. Crielard, ed., *Homeric Questions*, Amsterdam, Gieben, 201-288.
- DOMÍNGUEZ, A. J., 2000: «Algunos instrumentos y procedimientos de intercambio en la Grecia Arcaica», P. Fernández Uriel, C. González Wagner, F. López Pardo, *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I coloquio del CEFYP (Madrid, 9-12 de noviembre, 1998)*, Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, 241-258.
- DOMÍNGUEZ, A. J., 2001: «La religión en el emporion», *Gerión*, 19, 221-257.
- FABRE, P., 1981: *Les Grecs et la connaissance de l'Occident*, Université de Lille.
- FEAR, A. T., 1992: «Odysseus and Spain», *Prometheus*, 18, 19-26.
- FERNÁNDEZ, J. M., 1997: «Las necrópolis griegas de Ampurias. Sociedad, ideología y contacto en el

- mundo colonial peninsular», *Chaire. II reunión de historiadores del mundo griego antiguo. Homenaje al profesor Fernando Gascó*, Sevilla, Scriptorium, 73-84.
- GALÁN, E., 1993: *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la Península Ibérica* Madrid, Editorial Complutense.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., 2000: *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid, Akal.
- GRAHAM, A. J., 1958: «The Date of the Greek Penetration of the Black Sea», *BICS*, 5, 25-42.
- HALL, E., 1989: *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition through Tragedy*, Oxford, Clarendon Press.
- JACOB, C., 1991: *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, París, A. Colin.
- JOURDAIN-ANNEQUIN, C., 1989: *Héraclès aux portes du soir*, París, Les Belles Lettres.
- J. LARSEN, 2001, *Greeks Nymphs. Myth, Cult, Lore*, Oxford University Press.
- LÓPEZ CASTRO, J. L., 1995: *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Barcelona, Crítica.
- LÓPEZ CASTRO, J. L., 1997: «Los fenicios occidentales y Grecia», *Chaire. II reunión de historiadores del mundo griego antiguo. Homenaje al profesor Fernando Gascó*, Sevilla, Scriptorium, 95-105.
- LÓPEZ PARDO, F., 2000: *El empeño de Heracles (la exploración del Atlántico en la Antigüedad)*, Madrid, Arco.
- MALKIN, I., 1998: *The Returns of Odysseus. Colonization and Ethnicity*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1994: «Los primeros contactos entre Grecia y la Península Ibérica», en D. Vaquerizo, coord., *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica*, Excma. Diputación Provincial de Córdoba, 111-143.
- MEDEROS, A., 1996: «La conexión levantino-chipriota. Indicios de comercio atlántico con el Mediterráneo oriental durante el bronce Final (1150-950 a. C.)», *TP*, 53, 2, 95-115.
- MEDEROS, A., 1997: «Cambio de rumbo. Interacción comercial entre el Bronce Final atlántico ibérico y micénico en el Mediterráneo central (1425-1050 a. C.)», *TP*, 54, 2, 113-134.
- MEDEROS, A., 1997a: «Nueva cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa», *Complutum*, 8, 73-96.
- MORENO, F.-J., 2001: «Sobre anomalías e interpretación de los objetos orientalizantes en la Meseta», *Gerión*, 19, 99-117.
- MURRAY, O., 1980: *Early Greece*, Glasgow, Fontana.
- NICOLET, C., 1988: *L'inventaire du Monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*, París, Fayard.
- PEREIRA, J., 1989: «La cerámica ibérica del Guadalquivir. II. Conclusión», *TP*, 46, 149-159.
- PLÁCIDO, D., 1987-88: «Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano», *Habis*, 18-19, 243-256.
- PLÁCIDO, D., 1991: «La naturaleza femenina en la imagen griega del extremo occidente», en G. Duby, M. Parrot, eds., *Historia de las mujeres. I. La Antigüedad*, Madrid, Taurus, 567-577.
- PLÁCIDO, D., 1993: «La imagen griega de Tarteso», J. M^a. Blázquez, J. Alvar, eds., *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, Cátedra, 81-89
- PLÁCIDO, D., 1993: «Le vie di Ercole nell'estremo occidente», en A. Mastrocinque, ed., *Ercole in occidente*, Trento, Dipt^o. di Scienze Filologiche e Storiche, 63-80
- PLÁCIDO, D., 1994: «Diversidad de identidades político-culturales en la Andalucía de época prerromana», *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba, 1991, Historia Antigua*, Córdoba, Publicaciones de cultura y medio ambiente de la Junta de Andalucía y obra social y cultural Cajasur, 31-46.
- PLÁCIDO, D., 1995: «Consideraciones al margen de la identificación de Carteya con Tarteso», *Homenaje al profesor Presedo*, P. Sáez, S. Ordóñez, eds., Universidad de Sevilla, 607-610.
- PLÁCIDO, D., 1995-96: «La imagen simbólica de la península Ibérica en la antigüedad», *Studia Historica. Historia Antigua*, 13-14, 21-35.
- PLÁCIDO, D., 1996: «Les argonautes, entre l'orient et l'occident», en O. Lorkipanidzé, P. Lévêque, *Sur les traces des Argonautes*, Besançon, Centre de Recherches d'Histoire Ancienne, 55-63.
- PLÁCIDO, D., 1997: «La chóra y la oikouménē: la proyección geográfica del mundo colonial», *Gerión*, 15, 79-86.
- PLÁCIDO, D., 2000: «Los viajes griegos arcaicos a Occidente: los procesos de mitificación», P. Fernández Uriel, C. González Wagner, F. López Pardo, *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I coloquio del CEFYP (Madrid, 9-12 de noviembre, 1998)*, Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, 267-270.
- PLÁCIDO, D., 2001: «El impacto de los viajes mediterráneos en el imaginario griego», J.L. López Castro, ed., *Colonos y comerciantes en el occidente mediterráneo*, Universidad de Almería, 115-129.
- ROUILLARD, P., 1991: *Les Grecs et la Péninsule Ibère*

- rique du VIII^e au IV^e siècle avant Jésus-Christ*, París, Boccard.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M., 1993: *Los iberos : análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona, Cátedra.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1998: *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Barcelona, Crítica.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 2000: «La precolonización revisada: de los modelos del s. XIX al concepto de interacción», P. Fernández Uriel, C. González Wagner, F. López Pardo, *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I coloquio del CEFYP (Madrid, 9-12 de noviembre, 1998)*, Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, 9-25.
- RUIZ MATA, D., 1985: «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)», *AO*, 3, 241-263.
- TEJERA, A., 1996: «¿Se estableció un pacto entre fenicios y tartesios para la fundación de Cádiz?», *Complutum Extra*, 6 (*Homenaje a Manuel Fernández-Miranda*), I, 369-372.
- THA IIA= J. Mangas, D. Plácido, eds., 1998, *Testimonia Hispaniae Antiqua II A. La península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*, Edición, traducción y comentario E. Gangutia, Madrid, Universidad Complutense- Fundación de Estudios Romanos.
- WHITE, H., 1973: *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore-Londres, The John Hopkins University Press.